

Querido Alfonso,

por la noche, antes de cerrar la puerta todavía tengo tiempo de decirles:

- El cartero está loco, ¿no os parece?

Afuera, ellos me gritan:

- ¡Hasta pronto! ¡Hasta pronto!

Y sus grititos resuman como eco, como pluma, en la pared posterior de mi cavidad torácica hasta alcanzar mi corazón: "¡... Pronto! ¡... Pronto!"

El coche se los lleva, apartando a ambos lados la lechosa luz de la luna, toc-toc, toc-toc, toc-toc, los caballos, niling-niling, niling-niling, los cascabeles, vol el pladecito verde...

¡Oh, Stephen!

Después, no es nada difícil poner el facistol a conveniente altura.

No me he atrevido todavía a cantar. Pero pongo en el facistol a Maldoror y voy leyendo: "... comune

un vol de grues méditant beaucoup..."
A mis lados los largos cortinajes se
levantan ondulantes y vuelven a
caer pesadamente.

Ayer no pude aguantar más y
le pregunté al cartero:

—¿Está Ud. loco, mi querido amigo?

Me entregó una carta certifica-
da de mi patrona con cinco sellos
de lacre oscuro (me mandaba la
cartilla de racionamiento) y me
hizo firmar en su pingoso libro;
traía, además, el último número de
"Le Centaure", revista de Paul Eluard
y el de "Temps Modernes", revista
de Jean-Paul Sartre; después cogió
su bicicleta y balanceándose enfilo
lentamente el sendero. Corrí a la
ventana para verle todavía la ca-
za y me pareció que estaba ron-
rojado. Pero no me había con-
testado.

Sin embargo, he pensado que todo eso no era más que una pesada insistencia. Cuando hubo perdido de vista al bueno de mi cartero, medí exactamente la altura de mis lágrimas. Total, 12 cms. ¡ Doce centímetros de lágrimas en la cabeza, y el alma flotando allí, desacomunada! He pensado que todo eso debía tener alguna explicación y me he visto, este invierno, con todos vosotros, contigo y los demás... Pero, no quiero hablar demasiado.

Cuando salgo, voy a parar siempre frente al escaparate de la librería y allí veo las últimas novedades de París. Cuando he recorrido todos los títulos, levanto un poco la vista y contemplo, disimuladamente, a la señorita de la caja; es una muchacha gorda y pelirroja, que enseña los dientes por entre sus labios cueros de carnicero.

ro que tiene la carne fresca y dura
de una campesina. Hace unos días
estaba yo parado allí enfrente,
cuando me la encontré de repente
a mi lado. Había salido para ver
el libro que le pedía un cliente. Pe-
ro no pude aguantar mi emoción
y tuve que apoyarme en el mu-
ro, mientras notaba que por mi
cara pálida resbalaban gotas de
sudor helado.

No sé retener mi emoción.
Podía haberla contemplado por el
rabillo del ojo y acaso hubiera
visto algo más. Al fin y al ca-
bo ¿qué? Yo era un posible cli-
ente, de los que saben lo que
compran y distinguen por los títulos
y los autores lo que les conviene;
si no compran mucho, compran
con regularidad. Ella debía com-
prender que yo era de estos. Pero,
no pude aguantarme y casi resbalé
por el suelo.

El viento me murmura en los oídos y no sé si sabré decirte todo mi pensamiento. El caso es éste:

Cada noche, me revuelvo sobre mí mismo y en mi pecho se me alarga el corazón. Empiezo entonces a soñar; hoy he soñado que te escribía:

" Te extrañará recibir, tan tarde, esta carta, para decirte lo mismo que tu habrías olvidado y que yo me he estado repitiendo todo el verano. No nos conocemos bastante todavía - yo creo que no sabemos nada el uno del otro - para que yo pueda escribirte sin miedo, ni temo el valor de no decirte nada, porque sé que a ti siempre hay que decirte algo; no valen subterfugios. Pero he pensado que valía la pena decirte esto por lo menos, ya es bastante.

He trabajado muy poco. Tengo tiempo escaso para leer, por primera vez, todo lo que llevo para septiembre. Ya ver, nada más puedo de-

arte: no tengo tiempo":

ya está dicho, y ya ves qué
jugadas me hace el subconsciente.
¿Cómo es posible, cómo?

Me visitan por sorpresa. Yo les
traigo refrescos y manjares y habla-
mos.

Hoy he mordido a uno de
ellos. Su cuerpo vacilante se rompió
por la cintura, como un ángulo ob-
tuso. Después, como un resorte lento
de metal, volvió sobre sí mismo reso-
nando agudamente. Entonces le he be-
sado, le he besado con avidez, como
la sangre besa al exánime cuerpo
herido. Sus piernas eran dos futas
tentos, húmedos, y el líquido me re-
baló por el cuerpo hasta que hubo
alugado mi sed vetusta. No sé dónde
habré metido los pellejos.